

bajo un alto techo tachonado de flores de lis y estrellas doradas, permanecía sentado a una mesa pequeña durante horas, de espaldas al magnífico escritorio redondo que era la atracción principal de la habitación, una copia del que había pertenecido al primer ministro francés Georges Clemenceau y que a Borges le parecía demasiado ostentoso. Ahí dictaba poemas y ficciones, hacía que le leyeran libros sus complacientes secretarios, recibía las visitas de amigos, estudiantes y periodistas y dirigía grupos de estudio del anglosajón. El trabajo tedioso y burocrático de la institución quedaba en manos del subdirector, José Edmundo Clemente.

En muchos de los relatos y ensayos de Borges se mencionan libros que el inventó, pero nunca se molestó en escribir. Entre ellos, las muchas narraciones del escritor imaginario Herbert Quain (tema de una ficción semejante a un ensayo) quien varía un solo argumento en progresión geométrica hasta que el número de argumentos llega a ser infinito; el maravilloso relato policíaco "El acercamiento a Almostásim", «del abogado Mir Bahadur Ali de Bombay», supuestamente reseñado por los muy reales Philip Guedalla y Cecil Roberts y publicado por el igualmente real Victor Gollancz en Londres acompañado de una introducción de Dorothy Sayers, con el título *The Conversation with the Man Called Al-Mu'tasim: A Game with Shifting Mirrors*; el undécimo volumen de la *First Encyclopedia of Tlön* que Herbert Ashe recibió desde Brasil, poco antes de morir, en un paquete sellado y certificado; la obra *Los enemigos* que Jaromir Hladik deja inacabada pero que pudo acabar en su mente en un largo instante que Dios le concedió antes de su ejecución; el volumen en octavo, de infinitas páginas, que lleva las palabras "HolyWrit" y "Bombay" en el lomo y que (nos dice Borges) tuvo en sus manos poco antes de jubilarse como director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires¹¹.

¹ Henry Fielding: *Amelia*, I:10 (1752), vols. VI y VII de *The Complete Works of Henry Fielding*, Esq. Londres: William Heinemann, 1903.

² Ginzberg, *The Legends of the Jews*, vol. I, p. 5.

³ "El sol mismo no es sino un oscuro simulacro, y la luz, la sombra de Dios". Sir Thomas Browne, *The Garden of Cyrus*, II.

⁴ Dylan Thomas: "Do Not Go Gentle into That Good Night", en *Collected Poems 1934-1952*. Londres: Dent, 1952.

⁵ Shakespeare: *Othello*, V:2.

⁶ Van Wyck Brooks, *The Flowering of New England: 1815-1865*. Nueva York: E.P. Dutton & Co., 1936.

⁷ Christmas Humphreys: *Buddhism*. Harmondsworth, Middlesex: Penguin, 1951.

⁸ En conversación con el autor.

⁹ Borges: "Autobiographical Notes", en *The New Yorker*.

¹⁰ *Id.*: "Poema de los dones", en *El hacedor*.

¹¹ *Id.*: "Examen de la obra de Herbert Quain", "El acercamiento a Almostasim", "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", en *El jardín de senderos que se bifurcan*. Buenos Aires: Sur, 1941, 1941; "El milagro secreto", en *Ficciones*; "El libro de arena", en *El libro de arena*. Buenos Aires: Emecé, 1975.

imaginación

«Soñar un libro es tan fácil como difícil escribirlo.»

Honoré de Balzac, *Le cabinet des antiques*, 1837

En mi jardín, al otro lado de las ventanas de mi biblioteca, hay dos grandes sóforas. Durante el verano, cuando nos visitan amigos, nos sentamos y hablamos bajo ellas, a veces durante el día, pero generalmente por la noche. Dentro de la biblioteca, mis libros distraen de la conversación y nos sentimos inclinados al silencio. Pero fuera, bajo las estrellas, la charla se hace más desinhibida, más variada, y, curiosamente, más estimulante. El hecho de estar sentados a oscuras en el exterior parece conducir a una conversación más libre. La oscuridad invita a hablar. La luz es callada, o, como explica Henry Fielding en *Amelia*, «Tace, señora, es vela en latín»¹. La tradición nos dice que fueron las palabras, no la luz, lo primero que surgió de la oscuridad primordial. Según una leyenda talmúdica, cuando Dios se dispuso a crear el mundo, las veintidós letras del alfabeto descendieron de su terrible y augusta corona y le suplicaron que llevara a cabo su tarea por su mediación. Dios accedió.

Permitió que el alfabeto diera a luz al cielo y a la tierra en la oscuridad y que luego hiciera surgir el primer rayo de luz del centro de la tierra, de forma que traspasara la Tierra Santa e iluminara el universo entero². La luz, lo que tomamos por luz, nos dice sir Thomas Browne, no es más que la sombra de Dios, cuyo brillo cegador hace imposibles las palabras³. La espalda de Dios bastó para deslumbrar a Moisés, que tuvo que esperar a haber vuelto a la oscuridad del Sinaí para leer a su pueblo los mandamientos del Señor. San Juan, con economía digna de elogio, resumió la relación entre las letras, la luz y la oscuridad en una famosa frase: «En el principio era el Verbo».

La frase de san Juan describe la experiencia del lector. Como bien sabe todo lector de biblioteca, las palabras de la página exigen luz. La oscuridad, las palabras y la luz forman un círculo virtuoso. Las palabras crean la luz y luego lloran su desaparición. A la luz leemos, en la oscuridad hablamos. Mientras animaba a su padre a resistirse a morir, Dylan Thomas repetía al anciano estas palabras hoy famosas: «¡Lucha, lucha contra la luz que agoniza!»⁴. Y también Otelo, en su agonía, incapaz de pronunciar más palabras (las que le dan vida en la página), confunde la luz de las velas con la luz de la vida y las ve como una y la misma: «Apaga la luz», dice, «y apaga la luz luego»⁵. Las palabras exigen luz para ser leídas, pero ésta parece oponerse a la palabra hablada y activa. Cuando Thomas Jefferson llevó la lámpara de Argand a Nueva Inglaterra a mediados del siglo XVIII, se observó que la charla que acompañaba a las cenas antes iluminadas por la luz de las velas no era tan brillante como antes, porque aquellos que destacaban en la conversación ahora se retiraban a sus habitaciones para leer⁶. «Demasiada luz», dice Buda negándose a pronunciar una palabra más⁷.

Las palabras crean también la luz en otro sentido práctico. El habitante de Mesopotamia que deseaba seguir leyendo cuando había caído la noche, el romano que trataba de continuar dedicándose a la lectura de sus documentos después de la cena, el monje en su celda y el erudito en su estudio después de las oraciones de la tarde, el cortesano que se retiraba a sus aposentos



Chema Madoz, Sin título, 1990.

y la dama que se recogía en su tocador, el niño oculto bajo las mantas para leer después de la hora permitida, todos creaban la luz necesaria para iluminar su tarea. En el Museo Arqueológico de Madrid hay una lámpara de aceite de Pompeya a cuya luz Plinio el Viejo pudo leer su último libro antes de iniciar el viaje que le llevaría a morir en la erupción del 79 d.C. En algún lugar de Stratford, Ontario, hay una palmatoria solitaria que data (se jacta su propietario) de la época de Shakespeare; quizá un día sostuvo una vela cuya breve vida considero Macbeth un reflejo de la suya propia. Las luces que guiaron las lecturas de Dante en el exilio de Rávena, o las de Racine en su claustro de Port-Royal, las de Stendhal en Roma o las de De Quincey en Londres, todas nacieron de las palabras que surgían clamando de entre sus cubiertas; todas ellas eran la luz ayudando al nacimiento de la luz.

A la luz leemos las invenciones de los otros; en la oscuridad inventamos nuestras propias historias. Muchas veces, sentados bajo mis dos árboles, mis amigos y yo hemos descrito libros que nunca han sido escritos, títulos que nunca han sido publicados. Hemos llenado bibliotecas con relatos que nunca nos hemos sentido impulsados a escribir. «Imaginar el argumento de una no-



Chema Madoz, Sin título, 1999.



Chema Madoz, Sin título, 2020.

vela es una tarea placentera», dijo una vez Borges. «Escribirla es una exageración»⁸. Él disfrutaba llenando los espacios de la biblioteca que no podía ver con relatos que nunca se molestó en escribir, pero para los cuales, en ocasiones, se dignó componer un prefacio, un resumen o un comentario. Cuando aún era joven, el hecho de conocer la inminencia de su ceguera había estimulado en él la costumbre de imaginar complejos volúmenes que nunca llegarían a adoptar la forma de libros impresos. Había heredado de su padre la enfermedad que poco a poco, implacablemente, iba debilitando su vista, y el médico le había prohibido leer con poca luz. Un día, durante un viaje en tren, estaba tan absorto en la lectura de una novela policiaca que continúa leyendo, página tras página, a la luz menguante del crepúsculo. Poco antes de llegar a su destino, el tren entró en un túnel. Cuando salió de él, Borges no veía más que una neblina coloreada, la «oscuridad visible» que Milton pensó que era el infierno. En esa oscuridad vivió el resto de su vida, recordando o imaginando historias, reconstruyendo en su mente la Biblioteca Nacional de Buenos Aires o su propia y limitada biblioteca. A la luz de la primera mitad de su vida, escribió y leyó en silencio; en la penumbra de la segunda mitad, dictó y le leyeron otros en voz alta.

En 1955, poco después del golpe militar que derrocó la dictadura del general Perón, ofrecieron a Borges el puesto de director de la Biblioteca Nacional. La idea procedía de Victoria Ocampo, la formidable editora de la revista Sur y amiga suya desde hacía muchos años. Borges consideró «una locura» nombrar bibliotecario a un ciego, pero luego recordó que, curiosamente, dos de los anteriores directores lo habían sido: José Mármol y Paul Groussac. Cuando se propuso su candidatura, la madre de Borges sugirió que podían acercarse hasta la biblioteca para ver el edificio, pero Borges, supersticioso, se negó. «No hasta que haya conseguido el puesto»⁹, dijo. Pocos días después se confirmó el nombramiento. Para celebrar la ocasión, escribió un poema acerca de la «espléndida ironía de Dios» que le concedía simultáneamente «los libros y la noche»¹⁰.

Borges trabajó en la Biblioteca Nacional durante dieciocho años, hasta su jubilación. Disfrutaba tanto con el cargo que celebró allí casi todos sus cumpleaños. En su despacho panelado de madera,